

Nº 593
2
Marzo
2022
Miércoles



El hombre malo

Emilio Álvarez Frías

Este titular parece idóneo para reprender una mamá a su niño cuando este tiene alguna querencia respecto a alguien que a la mamá no le parece demasiado adecuado. Pero no, quiere resumir la opinión que los mayores tenemos en relación con quienes, afeitándose desde hace tiempo, demuestran sus inclinaciones hacia los demás con poca generosidad, con excesiva contundencia, con escaso respeto hacia sus congéneres, saltándose a la torera o de cualquier otra forma todas las normas que han de reinar entre la jartá de gente que compone la población de un rinconcillo del globo o la totalidad del mundo.

Sin duda hay hombres buenos (en este caso, al hablar de hombres, me refiero a seres de ambos sexos) que todos conocemos porque vivimos entre ellos, que se sacrifican para que los demás gocemos lo más posible de la vida, que siguen los principios del bien de los que fuimos dotados al nacer, que gobiernan países situándolos en la órbita de lo sobresaliente. No cabe dura, afortunadamente, hemos de reconocer que dentro de los millones de seres humanos que convivimos en la Tierra, la mayoría ha de ser considerada como hombres buenos.



Pero no son pocos los que salen con el rabo torcido, como les pasa a algunos perros, y a medida que crecen van demostrando sus malos

modos, sus inclinaciones perniciosas, sus tendencias con el rencor hacia los demás, muestran sus maneras egoístas dentro de la sociedad, solo tienen amigos para utilizarlos en su bien personal, sus ideas nunca van en favor de la comunidad; en resumen viven solo para ellos mismos, no temen causar daño a los demás, engañan a la masa cuando se hacen líderes o simplemente tienen oportunidad para ello, y pisan a quien sea para hacer una realidad sus deseos por pérfidos que estos sean.

En una buena medida lo estamos notando en nuestras espaldas. Los gobernantes que padecemos están demostrando que no son la crème de la crème,

o la flor de la nata para ajustarlo a nuestro idioma, pues no hay nada más que mirar a cómo han llevado la pandemia del covid-19; en qué situación tenemos la economía con una deuda estremecedora; el fracaso de la enseñanza, salvo los cerebros privilegiados que trabajan por su cuenta y luego se nos van al extranjero; el desbarajuste en la sanidad según manifiestan quienes están dentro de ella; la desorganización de la Administración pública; el exceso de enchufados por todos los organismos oficiales, que no dan golpe pero influyen considerablemente en las decisiones; el continuo atentar contra las normas del Estado por parte de los mismos gobernantes con el fin de sacar a flote sus pretensiones ideológicas o personales;... Son los menos, pero no cabe duda que se han hecho amos del poder, y quienes ocupan los mandos de la nación actúan como malas artes, con mañas obtusas, en busca de fines que no benefician a la comunidad.

Puestos a valorar a unos y otros no es que alcancen la capacidad de mal que debe encerrarse en la mente de Putin, el jerarca de Rusia, que ha desencadenado una guerra incomprensible, que está actuando sin piedad, que no le importa masacrar a la pacífica gente de Ucrania, que asusta al resto de los países del mundo a utilizar armamento nuclear si llega el momento que él considere perjudicial para sus deseos.

Nuestros gobernantes son mequetrefes comparados con Putin, pero intentan ser de la misma cuerda, razón por la cual hay que limpiar el país de tales elementos perjudiciales antes de que sigan creciendo y se multipliquen como las hormigas procesionarias. Y si tanto ucranianos como rusos tienen la necesidad de eliminar a tal individuo para el bien de sus respectivos países y para el bien de la humanidad, no menos lo tiene España para serenar sus modos, volver a la vida tranquila, trabajar sosegada pero constantemente para de nuevo crecer y situarse en un buen puesto del ranking mundial.

Como seguimos emperrados en recuperar nuestras tradiciones con el fin de continuar con ellas, actualizándolas, pues en ningún momento somos retrógrados, sino que, como el más adelantado, queremos ponernos a la cabeza del progreso, presentamos hoy un botijo en el que las manos del alfarero ha procurado nuevas medidas, y el artista que lo ha decorado se ha limitado dotarlo de unas figuras geométricas que lo hacen elegante dentro de la modernidad.



* * *

Es la invasión y no la guerra, estúpido

Roberto L. Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

La frase *The economy, stupid*, popularizada durante la campaña que enfrentó en las presidenciales de 1992 a Clinton y a Bush padre, es tan conocida que no tengo que insistir en que el título de esta columna no insulta a nadie (¡Dios me libre!), sino que se limita a subrayar lo que con ella quiere destacarse: que el aspecto esencial de una cuestión se oculta por ignorancia u oscuros intereses.

Las guerras, claro, son terribles. «Contadme la historia de un soldado raso y os contaré la historia de todas las guerras». Hemos vuelto a ver la tragedia que encierra ese certero pensamiento –frase de apertura del gran *film* de Anthony Mann *La colina de los diablos de acero*– en las imágenes de los cadáveres de soldados o reservistas ucranianos, muertos tras enfrentarse con fusiles a los blindados del potente ejército de Putin.

Sí, las guerras son terribles, pero los ucranianos dejados a su suerte por ese Occidente del que querían formar parte han tenido forzosamente que elegir entre la guerra y la rendición a la autocracia rusa (mucho más comunista que zarista, no se dejen engañar: recuerden Hungría y Praga) que ha invadido su país. Y es que las guerras no se oponen muchas veces a la paz sino al sometimiento: ese fue el debate que se planteó en el Reino Unido cuando sus dirigentes debieron elegir entre declarar la guerra a la Alemania hitleriana, como quería Churchill, y la llamada política de apaciguamiento que lideraba Neville Chamberlain. Menos mal que ganó Churchill, pues da pavor pensar qué habría ocurrido en otro caso.

¿Es «no a la guerra» lo que hay que proclamar a voz en grito, como, recuperando el lema de hace años, hemos visto hacer estos días a decenas de miles



de personas en muchas partes del planeta? ¿O ese «no a la guerra» es ahora para muchos la coartada tras las que tantos enemigos del mundo occidental –en el que viven tan plácidamente, disfrutando de todas sus ventajas– tratan de esconder su equidistancia entre la li-

bertad que llaman *burguesa* de un modo despectivo y las autocracias supuestamente *progresistas*? Lo hemos visto en España, en ese comunicado del BNG que no menciona a Rusia para nada o en las palabras de los izquierdistas (EH-Bildu, ERC y algunos dirigentes de Podemos) que aprovechan la invasión de Ucrania para exigir ¡la disolución de la OTAN! cuando Putin amenaza también a ¡finlandeses y a suecos!

Yo entiendo que Occidente, para evitar males mayores, haya decidido no inmiscuirse militarmente en la agresión intolerable contra Ucrania (recordemos las palabras de Einstein tras la II Gran Guerra sobre un posible holocausto nuclear: «La próxima guerra mundial se llevará a cabo con piedras»), pero no que se exija el fin de la guerra y no el de la invasión, pues la primera no es más que la terrible consecuencia de la segunda. Por eso, cuando quizá dentro de nada, Putin levante su bandera sobre el palacio presidencial de Kiev o coloque allí un Gobierno títere a la bielorrusa, comprobaremos que el final de la guerra no es la paz sino la tiranía.

* * *

Políticos y analistas europeos en Madrid en el congreso «Hacia una renovación cristiana de Europa»

P.J.G./ReL

Del 2 al 5 de marzo, la Universidad CEU San Pablo de Madrid acoge el Congreso internacional «Hacia una renovación cristiana de Europa», organizado por el Centro de Estudios, Formación y Análisis Social (CEFAS) de esta universidad.

La conferencia inaugural está a cargo del presidente del Patronato del Mathias Corvinus Collegium de Hungría, Balázs Orbán, que planteará una propuesta renovadora y cristiana para Europa.

Durante el Congreso también estarán presentes intelectuales internacionales de distintos ámbitos como:

- el historiador y profesor en el Instituto Zachodni de Poznan (Polonia), David Engels;
- el profesor de la Higher School of Economics en Perm (Rusia), Yuri V. Vasilenko;
- la filósofa, historiadora y fundadora del Instituto Hannah Arendt de Francia, Chantal Delsol;
- el catedrático emérito de la Universidad CEU San Pablo y director de la Cátedra Alexis de Tocqueville, Dalmacio Negro;
- el catedrático de Historia Medieval de la Universidad CEU San Pablo, Alejandro Rodríguez de la Peña;
- el periodista y escritor estadounidense, Rod Dreher;
- el director académico de ISSEP-Madrid, Miguel Ángel Quintana Paz;
- el profesor titular de Antropología Filosófica en la Universidad CEU Cardenal Herrera, Higinio Marín;
- el filósofo y eurodiputado por Los Republicanos de Francia, François Xavier Bellamy;
- el catedrático de Filosofía del Derecho y diputado de VOX en el Congreso, Francisco José Contreras.



En el Congreso sobre Renovación Cristiana se abordarán distintos temas como:

- las raíces espirituales de Europa,
- la batalla cultural,
- el compromiso cristiano,
- la acción política,
- la reconquista de la libertad
- los desafíos y las propuestas de Europa en la actualidad.

Por supuesto, la «Europa en la actualidad» cuando se convocó el congreso y la Europa en la actualidad marcada por la invasión de Rusia contra Ucrania son dos realidades muy distintas: Europa se ha transformado de golpe. Los

expertos tendrán que exponer qué partes de su discurso se mantienen y cuáles se tendrán que revisar.

Los interesados pueden inscribirse a través congresocefes@ceu.es. Más información en la web del congreso [aquí](#)

* * *

Romper las cadenas con el tirano ruso

«Renunciamos a nuestra soberanía energética y la realidad es que eso no solo no ha cambiado el medio ambiente, sino que nos convirtió en súbditos de Putin»

Guadalupe Sánchez (*El Subjetivo*)

La socialdemocracia alemana guió a la Unión Europea hacia su irrelevancia en el plano internacional. Apostó por crear estrechos vínculos comerciales y energéticos con China y Rusia bajo la ingenua creencia de que la interdependencia económica saciaría la sed expansionista de los dos gigantes asiáticos. Pero la estrategia no solo no subyugó al enemigo, sino que nos ha obligado a rendirle pleitesía: la UE es adicta al gas ruso y los chinos se han convertido en nuestros mayores socios comerciales. Craso error el de fiar la estabilidad a las decisiones de dos autócratas, porque el ansia desmedida de poder no entiende de pactos ni de reglas del juego.

El ecologismo ha sido el caballo de Troya empleado por el tirano postsoviético para desembarcar en la Unión Europea. Regó los bolsillos de nuestros dirigentes para que iniciaran una transición ecológica preñada de ideología, pero manca de tecnología. Se han cerrado nucleares y se ha descarbonizado sin tener una alternativa práctica, fiable y económica. Y todo enarbolando la bandera falsa de la protección del medio ambiente, pues lo cierto y verdad es que las emisiones europeas son una insignificancia a nivel global.

Los Estados europeos nos impusieron una renuncia a nuestra soberanía energética en nombre de lo verde, pero la realidad es que eso no solo no ha cambiado el panorama medioambiental, sino que nos convirtió en



súbditos de Vladimir Putin, el sátrapa que dirige con puño de hierro uno de los países que más contamina del mundo. Europa ha seguido contaminando, solo que por nación interpuesta.

La transición ecológica ha sido durante los últimos años uno de los bastiones inexpugnables del mainstream, que se dedicó a construir un estado de opinión que fabricaba un apocalipsis mundial inexistente y demonizaba la crítica razonada, creando una nueva clase de apestados: los negacionistas climáticos. Hasta tal punto inundó el espacio público que la estrategia para abordar la emergencia climática y otras estupideces ideológicas del estilo, como la de

la igualdad de género, han ocupado un lugar prominente durante los últimos años en el diseño de las líneas de actuación de organismos como la OTAN.

Pero la invasión de Ucrania por las tropas de Putin el pasado 24 de febrero despertó abruptamente a una Europa sonámbula que, en su ensoñación globalista, se había colocado la soga al cuello. Tras unas primeras horas titubeantes, en las que volvió a parecer que la intervención de la UE se ceñiría otra vez al vergonzoso plano de lo meramente retórico, la valiente lucha del pueblo ucraniano y el carisma de su presidente, Volodimir Zelenski, agitó las conciencias de los ciudadanos europeos, que demandaron a sus líderes una respuesta distinta a la que acostumbraban.

Cierto es que las competencias en política exterior y defensa radican en los Estados miembro y que los mecanismos para la toma de decisiones en estos ámbitos se habían demostrado inoperantes. Son muchos años mirando hacia otro lado mientras el líder ruso despreciaba la legalidad internacional y menospreciaba de forma condescendiente a nuestros dirigentes, convencido de



poderlos manejar como a títeres.

Especialmente significativa fue la actitud de nuestros gobernantes y la práctica totalidad de medios de comunicación durante los días previos a la invasión, despreciando la literalidad de las palabras del ruso: la burbuja de infantilismo y me-

diocridad en la que vivimos instalados les empujaba a seguir el ritmo marcado por la batuta de supuestos analistas, empeñados en otorgar carta de naturaleza a la propaganda rusa que relativizaba la posibilidad de intervención y demonizaba a los ucranianos. Pero cuando Putin reclamó su legitimidad para reconstruir la antigua Unión Soviética, tomando por la fuerza las repúblicas resultantes de la desintegración de la URSS, hablaba completamente en serio. La inteligencia americana y británica nos lo habían advertido, pero era más sencillo y cómodo apostar por que se equivocaban que por la alternativa.

El presidente ruso se ha búnquerizado. No lee nada, no escucha a nadie. Desconfía de todos los que le rodean y les impone actuar con arreglo a una interpretación de la realidad que no admite matices ni adversativas. Desobedecerlo públicamente puede significar la muerte. Pero no ha de ser menospreciado: al contrario, debemos tomarnos mucho más en serio la amenaza que para la libertad en occidente supone.

Esta sensación de que podría estar dispuesto a todo tiene una base real y por eso la Unión Europea ha puesto pie en pared, más allá de dejarse llevar por el clamor de la opinión pública. La invasión no está siendo un paseo triunfal como esperaba Putin ya que, cada día que pasa, supone un fracaso para él desde el punto de vista estrictamente militar. Además, ha perdido la batalla del relato y de la propaganda: solo los mercenarios mediáticos y los tontos útiles compran la mercancía de la pacificación y la desnazificación de Ucrania.

El presidente ruso, que creyó que sembrando muerte obtendría respeto, ha recibido en cambio la condena y el menosprecio a nivel mundial, mientras que el favor público se lo ha arrebatado Zelenski. Putin le ha dado a Europa



un nuevo Churchill, un líder en torno al que aglutinar a los europeos en la lucha contra el dictador. Y esta es, precisamente, la mayor derrota del ruso: unificar aquello que quería desunir. Ha revitalizado a la UE y a la OTAN y ha reescrito la historia bélica de Europa y del mundo, creando una coalición como jamás se había visto antes

contra él, la cual se ha movilizado para apoyar económica y militarmente a Ucrania y sancionar duramente a Rusia. Hasta países como Suiza o Suecia han abandonado su tradicional posición neutral. Alemania anuncia que aumenta su gasto en defensa y que considera reabrir sus centrales nucleares. Europa vuelve a creer en Europa y sus ciudadanos recuerdan que la libertad tiene un coste.

Es imposible conjeturar sobre el resultado de esta guerra iniciada por Putin porque la historia se está reescribiendo ante nuestros ojos a una velocidad vertiginosa. Unos esperan que la dureza de las sanciones subleve a los maltratados ciudadanos rusos contra su clase dirigente. Otros dan por sentado que vamos a un nuevo telón de acero, a una guerra fría 2.0. Pero lo que es seguro es que Europa ha roto, por fin, las cadenas que la ataban al tirano ruso.

* * *

Los cadáveres políticos de Pedro Sánchez

Todos ellos han sido devorados por Sánchez, un político sin escrúpulos y sin casi limitaciones morales que sabe aprovecharse de sus virtudes... y de los errores del resto

Gorka Maneiro (*Vozpópuli*)

Tanto Albert Rivera como Pablo Casado y Pablo Iglesias están fuera de la circulación política y fuera de la batalla por alcanzar la presidencia del Gobierno de España, carrera en la que fueron, en algún momento, favoritos de las encuestas y de la opinión pública. Fueron días de vino y rosas, entrevistas en prime time y apoyos incondicionales; todos (es un decir) querían formar parte de su éxito. Junto con Pedro Sánchez, sin cumplir siquiera los cuarenta años, se convirtieron en la nueva generación de líderes elegidos para protagonizar y liderar la política española durante años. Sin embargo, las circunstancias políticas, los errores propios y el actual presidente Sánchez han acabado con todos ellos.

Albert Rivera fue elegido con veintisiete años presidente de Ciutadans, partido que, circunscrito inicialmente a Cataluña, nació impulsado por una serie de intelectuales y personalidades de izquierdas hartos de la deriva naciona-

lista del PSC y para defender el constitucionalismo. Al parecer, Rivera fue elegido presidente del partido gracias a que una lista de candidatos estaba ordenada por orden alfabético. La elección parecía un acierto. Rivera era joven y bien parecido, tenía personalidad y poseía desparpajo y buena oratoria.

Rivera fue elegido diputado en el Parlament de Cataluña en noviembre de 2006, junto a sus compañeros Antonio Robles y Pepe Domingo, y dejó de serlo en 2015, cuando fue sustituido por Inés Arrimadas y dio el salto a la política nacional. La crisis surgida por su relación con UPyD y Rosa Díez la ganó gracias a sus habilidades discursivas, el apoyo mediático y empresarial y las torpezas de la formación magenta, y tuvo como consecuencia la práctica desaparición de este partido, la jubilación anticipada de la política vasca y el lanzamiento de Rivera al estrellato político; y a partir de ese momento representó,



sentó, junto con Pablo Iglesias, la llamada «nueva política», y se convirtió en uno de los favoritos para llegar a ser presidente del Gobierno de España.

Y desde antes pero sobre todo desde entonces inició su reubicación ideológica para abandonar el centro izquierda donde nació Ciu-

dadans y abrazar el centro derecha liberal, con el objetivo de sustituir al PP en ese espacio ideológico. Rivera demostraba ser un político camaleónico, capaz de defender una cosa y su contraria. En la IV Asamblea General de la formación naranja celebrada en febrero de 2017 se produjo la corrección de su ideario: desaparecieron los términos «socialdemocracia», «socialismo democrático» y «laicismo identitario», sustituidos por «liberalismo progresista» y «constitucionalismo».

Ya en 2015 había obtenido cuarenta diputados y en 2016 treinta y dos escaños en el Congreso. Pero Albert Rivera, impulsado por el crecimiento interno de su partido, las encuestas y el entusiasmo de los medios (y la corrupción del PP), quería más: ser el nuevo líder de la derecha española, sustituir al PP y ser presidente. Sin embargo, le pudo la ambición, se pasó de frenada y todo se vino abajo.

En las elecciones de abril de 2019, el PSOE y Ciudadanos sumaban 180 diputados y mayoría absoluta. Parecía el momento adecuado para que ambos partidos, desde la centralidad del tablero político, formaran un gobierno que no dependiera de nacionalistas, independentistas y populistas, impulsara las reformas que España necesitaba y tratara de resolver los principales problemas de los ciudadanos. Pero Rivera rechazó ser vicepresidente del Gobierno de España porque él quería ser el presidente, antepuso sus aspiraciones personales a los intereses generales y trató de que Sánchez pactara con lo peor de cada casa para convertirse después en el líder de la oposición y de la derecha.

No lo logró, empero. Fue cuando se vio al Rivera más nervioso e histriónico, teatralizando cada aparición en los medios y saturando al ciudadano medio que rechaza exageraciones. Perdió credibilidad, tirada y empuje. Y de aquellos polvos, el hundimiento de Ciudadanos, la retirada de Rivera y estos lodos: la formación de un Gobierno de España dependiente de los que quieren romper España.

Pablo Iglesias se nos apareció tras el 15M, un programa de debate minoritario (La Tuerka) y apariciones continuas en un medio de la derecha. Acompañado de varios profesores universitarios, politólogos y sociólogos, creó Podemos, ocupó la práctica totalidad de los medios con una exposición televisiva sin precedentes y, gracias a un lenguaje directo y contundente (y perfectamente preparado), se disparó en las encuestas. Fueron los tiempos de la transversalidad política, «los de abajo» frente a «los de arriba», tomar el cielo por asalto y prometer justicia (aunque nunca quisieron justicia sino venganza). Y, a continuación, los enfrentamientos internos, las luchas de poder, las purgas y los abandonos de algunos de los líderes de la formación morada.

A pesar de las dificultades, Iglesias mostró desparpajo, inteligencia política y manejo del lenguaje, especialmente en los debates televisados, donde se crecía. Aunque Podemos parecía hundirse, Iglesias fue casi siempre capaz de



ser lo suficientemente decisivo como para condicionar la formación del gobierno. Hasta que pactó con Sánchez y llevó al gobierno su radicalidad y su extremismo, su cercanía a las tesis nacionalistas e independentistas y su populismo. En un movimiento sorprendente, dimitió como vicepresidente del Gobierno de Sánchez para «frenar al fascismo en Madrid», y la operación se saldó con un sonoro fracaso. Después dimitió como diputado y como líder de Podemos.

Pablo Casado es el típico producto prefabricado en la cantera de un partido político, en este caso, el Partido Popular: joven aunque supuestamente preparado para las artes políticas de nuestro tiempo, es decir, las formas, las sonrisas y la oratoria, logró vencer en su primera batalla interna, al superar a Soraya Sáenz de Santamaría en las primarias y convertirse en presidente del partido; no pudo sin embargo vencer en la batalla externa, es decir, la consistente en hacer frente a las dificultades electorales de la formación conservadora. Desde el inicio, mostró sus debilidades: por momentos, falta de credibilidad; casi siempre, falta de liderazgo. Solo durante el debate de la moción de censura de Vox mostró la valentía y la determinación necesarias que deben acompañar a quien quiera ser líder político, pero después le faltó el empuje necesario para mantener la estrategia en el tiempo: acertada o no (y en mi opinión era acertada), al menos era una estrategia. El problema es no tenerla, no mantenerla en el tiempo o alternar una estrategia y su contraria.

Ni carisma ni liderazgo

A pesar de su reciente forzada dimisión tras el esperpento protagonizado junto a su escudero Teodoro García Egea para frenar el pujante liderazgo de Isabel Díaz Ayuso, su caída tiene razones más profundas y vienen de lejos. A Casado le vinieron grandes los dos retos a los que el PP se sigue enfrentando: la formación de una alternativa al Gobierno de Sánchez y Podemos (porque no basta criticar a un gobierno infame si no presentas una alternativa creíble y no logras de una mayoría suficiente) y el crecimiento progresivo de Vox por su derecha, auténtica china en el zapato popular que no son capaces de resolver de ninguna de las maneras. Y Casado nunca tuvo ni liderazgo, ni carisma ni apoyos suficientes. De ahí su caída definitiva.

Esta es la realidad de los hechos y el cúmulo de circunstancias que mantienen a Pedro Sánchez como presidente. Todos ellos fueron víctimas de sus ambiciones políticas, sus limitaciones y sus torpezas. Y todos ellos han sido devorados por Sánchez, un político sin escrúpulos y sin casi limitaciones morales que sabe aprovecharse de sus virtudes... y de los errores del resto.

* * *

Los intereses anglouseños no son los nuestro

Pío Moa (*El Correo de España*)



Obviamente, nadie lo sabe, pero podemos examinar las relaciones de fuerzas e intenciones para hacernos una idea de lo que suena más probable.

En cuanto a las fuerzas, los presupuestos militares de Usa son 13 veces superiores a los rusos y los del conjunto de la OTAN, unas 18 veces. La población de Usa es casi tres veces la de Rusia, y con el resto de la OTAN vuelve a triplificarla. La diferencia económica es aún mayor. Desde ese punto de vista, Rusia



simplemente tendría que someterse sin remedio a cualquier dictado de la OTAN, es decir, ante todo de Usa e Inglaterra. El elemento que cambia las cosas es el arma nuclear, que Rusia también posee. No obstante, no es un arma para ser empleada, sino para disuadir. Si llegara a emplearse a fondo, la civilización y la misma población europea desaparecerían, incluso la huma-

nidad. De momento está desempeñando ese papel disuasorio, y es de esperar que nunca pase de ahí; pero la relación de las demás fuerzas es tan abismalmente contraria a Rusia, que a la larga es difícil creer que pueda salir ganando.

En cuanto a las intenciones, las de la OTAN con respecto a Rusia son bien claras. Al caer la URSS, el país se democratizaba a la occidental y todos parecían volverse amigos, pero, como ya señalaba Solzhenitsin, nada de eso era real.

En lugar de desaparecer al desaparecer su enemigo, la OTAN no ha cesado de ampliarse. Desde el primer momento interfirió en los asuntos internos rusos, en las mismas elecciones y procuró incentivar los movimientos separatistas y las fracturas internas en el país. Rusia estuvo muy cerca del colapso en todos los sentidos, siguiendo las recomendaciones del FMI y el Banco Mundial, que, intencionadamente o no, arruinaron su economía. Es obvio que la OTAN veía y ve en Rusia un enemigo, no simplemente cuando era comunista. Diversas ideas estratégicas occidentales consideran que Rusia es un país «demasiado grande» y con unas enormes riquezas en materias primas, y que debería ser fragmentado en estados más «manejables», «por la seguridad de todos». La OTAN, en consecuencia, ha fomentado los movimientos antirrusos y rodeado al país de bases militares. Obviamente, todo ello responde a una estrategia a largo plazo.

Las intenciones generales de Putin, sin embargo no están claras. ¿Pretende reconstruir el Imperio ruso o soviético, como le acusa la propaganda contraria? Es posible, pero ello demostraría en él cierto grado de locura, vista la



relación de fuerzas. Y no hay datos de que tenga tal designio en la cabeza. En todo caso, el problema se concentra en Ucrania.

¿Por qué, en tales condiciones, se ha arriesgado Putin a emprender esta guerra? La razón de fondo parece bastante clara: Ucrania venía a ser el penúltimo y ya más inaceptable movimiento de cerco. Ucrania

desempeña un papel estratégico especial, de gran importancia tanto para Moscú como para la OTAN, por su profunda entrada en el territorio ruso, que sitúa sus fronteras a poca distancia del Cáucaso y el Volga, por donde dirigió Hitler su segunda gran ofensiva. Para Rusia es esencial no tener en Ucrania un gobierno hostil.

La importancia de Ucrania es mayor por los lazos históricos y sentimentales con Rusia, ya que la Rus de Kíef fue el origen del estado ruso, que trasladó luego su centro a Moscú. Usa influyó activamente en la separación de Ucrania al caer la URSS, que fue aceptada con algunas condiciones por Rusia. En 2013, el gobierno ucraniano era prorruso y salido de elecciones, pero entonces surgieron las manifestaciones en la plaza de Maidán de Kíef. Es muy probable que la OTAN estuviera detrás de esas manifestaciones, que siguieron un esquema técnico muy parecido al de las «primaveras árabes»: concentrar la atención de los medios de todo el mundo en unas manifestaciones, y acusar al gobierno de tiránico y corrupto, hasta hacerlo caer. Técnicamente fue un golpe de estado de un tipo similar al que orquestó la CIA para derribar a Moadedq en Irán e imponer un gobierno títere, cuando la guerra fría.

El resultado de esas «primaveras» instrumentadas ha sido la destrucción de varios países en guerras civiles con cientos de miles de muertos y millones de refugiados, invasiones y algún golpe militar como en Egipto. En Ucrania fue la instalación de un gobierno radicalmente antirruso, que intentó aplastar militarmente la rebeldía de las provincias prorrusas del Donbás, y ha venido aplicando una política de persecución de toda manifestación pública prorrusa, prohibiendo incluso en la enseñanza los libros de sus clásicos, como Tolstói y Dostoiefski, y excluyendo de la vida oficial y la enseñanza la lengua rusa, mayoritaria en el país y exigiendo entrar en la OTAN.

La política de Putin en estos años ha consistido en garantizar (acuerdos de Minsk) una autonomía de las provincias de población rusa del Donbás, que le permitiera pesar en el parlamento de Kíef y evitar la entrada en la OTAN; y



asegurar la neutralidad del país al modo de Finlandia o Austria. Después de ocho años ha dado esta política por fracasada y ha ordenado invadir Ucrania para asegurar su neutralidad e invertir el proceso abierto en Maidán. Creo que es una medida un tanto a la desesperada, y la

pregunta es: ¿puede conseguirlo? En mi opinión, no. Una resistencia ucraniana algo prolongada haría un daño muy grande a Rusia, pero incluso si esta venciera con mucha rapidez, el problema de qué hacer después sería una pesadilla. Una intensísima propaganda antirrusa en estos ocho años ha creado una opinión mayoritaria, muy difícil de cambiar pronto, por lo que un gobierno inevitablemente títere no podría funcionar sin enfrentarse a nuevos Maidán u otras acciones. Y militarmente, es Rusia la que está rodeada de bases militares, y no a la inversa.

Mucha gente alborota criticando a la OTAN y la UE por no entrar a su vez en Ucrania. No entienden que se les ha creado una ocasión magnífica para ganar sin disparar un tiro, simplemente arruinando a fondo a Rusia, aislándola de la economía internacional y convirtiéndola en una nación «paria» como ha dicho Biden, el presidente LGTBI de Usa. Esta amenaza ha provocado ya en Rusia una reacción atemorizada en varios medios e indicios de fractura social, aunque por ahora débiles. Y esta es la estrategia que están siguiendo, aunque a los arruinadores les vaya a costar también bastante caro, según todas las estimaciones. Además, Rusia parece tener el respaldo de China, a la larga peligroso, por la misma razón de la política angloseña: las riquezas de Siberia.

Otra posibilidad es que una victoria rápida de Rusia obligue a la UE y la OTAN a reconsiderar en parte sus sanciones, por los costes que implican también para ellas. Esta sería la salida más favorable para Moscú, pero solo de momento. Ucrania en todo caso, incluso neutralizada, sería un país en rebeldía que sin duda iban a explotar las potencias LGTBI occidentales, en las que el

estado y la Triple M aspiran a controlar hasta los sentimientos de la gente. En todo caso, los problemas sería también muy fuertes en la UE, varias de cuyas potencias no parecen estar muy de acuerdo con las ambiciones angloamericanas de anular y desmantelar en lo posible a Rusia, ni con unos pujos belicistas de varios países que podrían ampliar la guerra de modo impredecible. Después de todo, hay dos precedentes históricos a tomar en cuenta: Rusia derrotó las invasiones gigantes de Napoleón y Hitler, liberando indirectamente al continente del yugo de ambos. La tendencia expansionista de Rusia es bien conocida, pero en varios casos derivó de invasiones extranjeras.

Para España, la cuestión de Ucrania tiene un interés especial por otra razón: la propaganda del gobierno nacionalista de Kíef: toda ella se orienta a crear un odio radical a Rusia, a la que tachan de estado asiático que quiere subyugar a la europea Ucrania, y al que culpan del Holodomor, la gran hambruna de los años 30. La acusación tiene un contenido emocional muy fuerte, pero es falsa.

No fue una agresión de Rusia a Ucrania, pues ambas estaban en el mismo estado, un estado comunista universalista surgido de una guerra civil en los dos países. Fueron los comunistas tanto rusos como ucranianos, presididos por un georgiano, los causantes de la gran hambruna, produc



to de la colectivización de la tierra. Uno de aquellos ucranianos, Jruschof, como sucesor de Stalin, se permitió regalar a Ucrania el territorio ruso de Crimea.

La política general de los gobiernos postMaidán, la resumía así un académico ruso: «La Ucrania de hoy (el país que va a pertenecer a UE y al OTAN y se declara como “el país europeo”) prohíbe publicar medios de comunicación (revistas, periódicos etc.) y libros en ruso, la lengua de 80% de ucranianos esta expulsada de la esfera pública etc. Los medios de comunicación que pertenecen a la oposición (representada en el parlamento (la Rada!)) fueron prohibidos y cerrados hace un año, cuando cerraron sin juicio tres canales de TV por “prorrusos”. El gobierno cerró el Tribunal Constitucional por decreto y sin resolución del parlamento. El Consejo de Seguridad y Defensa encabezado por el presidente Zelenskyy impone “sanciones personales” a los líderes de la oposición. Sin la participación de tribunales y sin juicio, el gobierno puede confiscar la propiedad privada de los líderes de la oposición. Cuando no puedan utilizar los medios “oficiales” en la represión, utilizan las milicias nacionalistas, que practican abiertamente la violencia. Las matanzas hechas por ellos no se investigan por la policía. Y si investigan, la policía, las milicias

nacionalistas impiden detener a los acusados. La UE, que se presenta como la fortaleza de la Democracia y los Derechos humanos el medio de defensa de Derechos del Hombre califica a Ucrania como el país “democrático” y a Rusia (donde estas cosas no ocurren) como régimen “autoritario”. No tengo comentarios».

No sé si el ruso es la lengua del 80%, pero desde luego lo es de una proporción muy alta de los ucranianos. Imaginen ahora que los separatistas catalanes logran la secesión (están a un paso de ella, gracias a los gobiernos PP-PSOE). Ya sin haberlo logrado del todo han expulsado el español (lengua mayoritaria en Cataluña) de la vida oficial y en gran medida de la enseñanza, y es fácil prever lo demás: sus grupos separatistas acosarían a los catalanes partidarios de España (ya lo vienen haciendo, pero emplearían mucha mayor violencia), cultivarían un victimismo todavía más atroz, pintando a España como país fascista (lo hacen también ahora mismo, con apoyo de los gobiernos) y buscarían la cobertura de la UE, pretextando que España es un país africano y no democrático que oprime a la europea Cataluña. Ya en la UE, donde se burlan de las decisiones legales españolas, su labor diplomática y propagandística, pagada por el estado, ha conquistado grandes simpatías. Seguramente utilizarían las reclamaciones españolas sobre Gibraltar para plantear a la OTAN que España no es un «aliado fiable», cosa que los separatistas prometerían ser a todos los efectos. Y el Holodomor sería aquí sustituido por «los horrores del nazismo franquista».

Creo que el ejemplo nos puede hacer entender algo del problema ucraniano, y también del carácter de los gobiernos que padecemos.

NOTA. Uno escucha los «análisis» de los políticos y periodistas españoles y nota en ellos dos cosas: una visión puramente tóptica e ignorante lo mismo sobre Rusia que sobre Europa,



acompañada de una emocionalidad pueril, y sobre todo un olvido radical de la posición e intereses de España, que quieren supeditar a los intereses de unos países que invaden nuestro territorio y se alían con otro que aspira a hacer lo mismo en Ceuta y Melilla, para empezar. Considerar «amigos y aliados» a esos países demuestra la degradación extrema de los gobiernos españoles (corruptos y promotores también de los separatismos). Debo insistir: España debe ser neutral en estos conflictos y recuperar la tradición mantenida en las anteriores guerras mundiales. Los intereses anglojuleses no son los nuestros.

* * *

Podemos prohibió a Sánchez enviar armas a Ucrania a cambio de su lealtad a la posición española

Joan Guirado (OKdiario)

La relación entre los socios del Gobierno de coalición vuelve a pasar por un momento «muy delicado». La invasión rusa de Ucrania, y la respuesta que España y la OTAN deben dar a la misma, ha vuelto a dividir a PSOE y Podemos. A toque de corneta, horas después de que Izquierda Unida



pidiera la disolución de la OTAN, Pedro Sánchez logró que nadie de su Ejecutivo pusiera en cuestión la posición oficial de España. A cambio, la organización morada ha prohibido al presidente, que a priori marca la agenda exterior española, enviar armas letales a Ucrania. El propio Sánchez lo confirmó este lunes en una

entrevista en TVE aunque evitó aclarar si lo hacía por exigencia de Podemos.

De momento, la única ayuda que ha salido en nombre de España hacia Ucrania es en forma de material sanitario y de protección contra los impactos. El Ministerio de Defensa, en dos aviones que partieron este domingo desde Torrejón de Ardoz, mandó 5.000 cascos balísticos, chalecos antibala y equipos NBQ. Únicamente de protección, así como material sanitario y 100 camas para los heridos.

Al sucumbir a las exigencias de Podemos, España, que es uno de los principales productores de la industria armamentística, ha renunciado a enviar armas de guerra a Ucrania para ayudarles a luchar contra una gran potencia militar como es Rusia. Una decisión que va en línea con las proclamas del No a la guerra que han sostenido los de Ione Belarra en el tiempo. Paralelamente, Margarita Robles, de viaje a El Líbano, sí ha anunciado este lunes que se enviaría más personal militar a las zonas fronterizas para proteger el territorio OTAN.

* * *